

Procesos de perceptivización

Luisa Ruiz Moreno
Universidad Autónoma de Puebla

1. La percepción puesta en discurso

Iniciaré con una pregunta básica y elemental pero que considero decisiva para el discernimiento del problema que nos ocupa: cuando decimos “la percepción puesta en discurso”, ¿qué queremos decir? ¿Nos referimos a los discursos sobre la percepción, es decir, a los textos que hablan o dan cuenta de procesos de percepción que tienen lugar en el universo textual y en el mundo natural?, ¿o nos referimos a la percepción como una puesta en discurso en sí misma, esto es, como un proceso de discursivización integrado en un proceso semiótico más vasto, en el cual visualizamos un recorrido generativo tanto de la producción como de la aprehensión de la significación?

En el primer caso la percepción aparece como un acto ya realizado, susceptible de ser observado y descrito, como un elemento textual que ofrece un sesgo privilegiado para el análisis de la dimensión sensible de los textos.

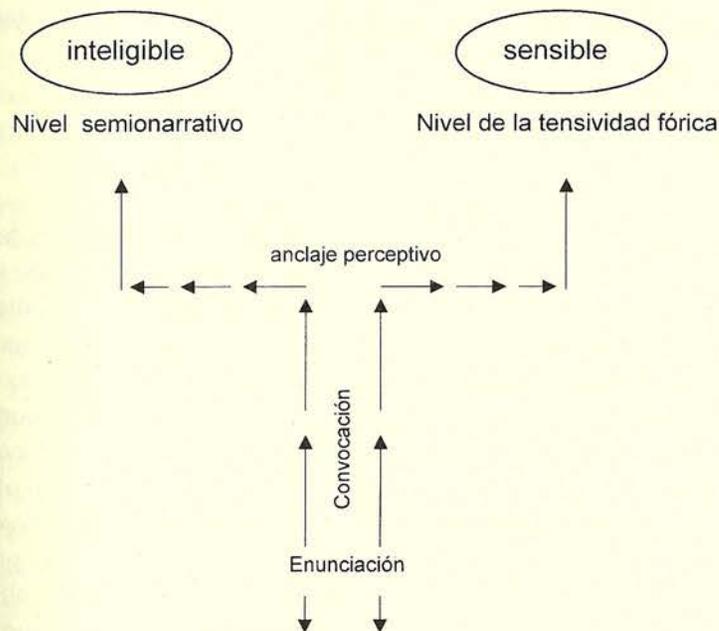
En el segundo, la percepción resulta un componente más del mecanismo semiótico que posibilita la emergencia del discurso desde la profundidad en la cual se engendra hacia la superficie

donde aflora. Es decir, como un procedimiento que hace pasar al discurso de una existencia ausente a una presente, al igual que otros procedimientos de transposición como la temporalización, la espacialización y la actorialización; los cuales, constituyendo ellos mismos un pasaje, hacen que el lenguaje adquiera en ese tránsito formas de concreción, anclas de amarre que hacen devenir lo virtual en actual y realizado, así como lo abstracto en concreto. Con la salvedad de que el proceso de percepción —al que deberíamos llamar *perceptivización* para guardar coherencia con el modo que ha adoptado la teoría de denominar los subcomponentes tendientes a la producción del discurso— estaría más bien del lado de la semántica discursiva que de la sintaxis y se encontraría asociado a la figurativización. Esto implica ensayar un giro e invertir la perspectiva desde la cual consideramos normalmente a la percepción. Entendida así, como una puesta en discurso, la percepción no sería solamente un proceso de aprehensión del mundo sino también la construcción de un campo de presencia que se ofrece para ser aprehendido, tal como lo es el propio discurso. Y entonces, además de aparecer en el discurso como un sintagma resultado de una cierta disposición del sujeto del enunciado (frente a los objetos, los sujetos y los discursos), la percepción estaría comprometida en la estructura de la enunciación, en el acto de convocación del nivel semionarrativo y del nivel de la tensividad fórica. En consecuencia, la percepción sería la instancia de conjunción entre lo sensible y lo inteligible, lo cual se representa en la gráfica 1.

Una tercera opción sería la de considerar que “la percepción puesta en discurso” quiere decir: la problemática de la percepción lanzada a la escena de las páginas de este número de *Tópicos del Seminario* donde se tratará de decir algo que recoja exposiciones y discusiones vertidas en las sesiones del Seminario de Estudios de la Significación¹ y que este quehacer discursivo

¹ Recojo, aquí, una sesión plenaria del Seminario sobre el tema de la percepción donde hice un planteo verbal de algunas de las preguntas que intento desarro-

signifique un aporte teórico sobre esta cuestión que en los últimos tiempos la Semiótica ha decidido hacer suya, como tantas otras cuestiones de base fenomenológica que entrañan un gran potencial semiótico en vías de exploración.



Gráfica 1

En este tercero, los dos primeros casos están, evidentemente, comprendidos pero habiéndolos discernido como dos magnitudes o dos realidades textuales diferentes podemos ubicarnos en uno u otro modo de considerar la percepción —como objeto *en* y *de* los discursos o como mecanismo productor del discurso—

llar ahora. Sobre todo, cuál era el lugar de la percepción en la teoría. En la misma ocasión, Jacques Fontanille expuso sobre la presencia. Las preguntas, la discusión y el intercambio de ideas allí suscitado dio lugar a otro módulo del Seminario: sentir y percibir. De ahí en adelante, el tema de la percepción sigue siendo una cuestión abierta.

y variar entonces el objeto de la reflexión así como podemos cambiar el punto de vista y, por tanto, la perspectiva que tenemos de dicho objeto. Cambios y movimientos que son posibles gracias a que el proceso semiótico funciona y puede ser descrito en diversos planos, hacia adelante o hacia atrás, río abajo o río arriba, ya sea que se lo tome como resultado o como en estado de constitución.

2. Un umbral privilegiado

Me interesa desarrollar en este punto algo dicho de manera tangencial en el anterior: el dispositivo de la percepción puede ser considerado lugar de entrada o de salida del proceso semiótico, comportándose entonces como un umbral. Creo que es importante tomar la percepción como un pasaje de ida y vuelta, de incorporación a la vez que de donación y no solamente como proceso orientado en la única dirección que va de lo exteroceptivo hacia lo interoceptivo del sujeto. Tomada de ese modo oferente, la percepción tiene la ventaja de aparecer no tanto como un proceso cognoscitivo, que de por sí lo es, sino como un proceso de significación más complejo y que compromete otras dimensiones del discurso. Es decir, como una ocurrencia que se desenvuelve en el universo del lenguaje entendido más como competencia que una realización en las distintas sustancias verbales o no-verbales, el lenguaje como la dimensión del querer decir algo para alguien, del querer constituir esa voz que pueda decir algo de cualquier manera y que pueda ser oída.

En el lenguaje como intento, la percepción en tanto fenómeno cognoscitivo pierde protagonismo en favor de las formas semi-simbólicas que integran el imaginario. En este sentido, nuestras reflexiones sobre la percepción no tienen ninguna pertinencia fuera de los estrictos límites de la Semiótica.

En efecto, según la propuesta que queremos argumentar aquí y con la intención de integrar esta problemática particular en la

economía general de la teoría, la perceptivización de las estructuras semionarrativas sería una estrategia más de la instancia de enunciación, aunque no evidentemente la enunciación misma.² Su función sería la de darle espesor y profundidad al discurso, aumentar su grado de eideicidad y la potencia tónica de la impresión referencial.

Además, dotar al discurso, mediante las estrategias enunciativas, de un poder evocador de ese momento primigenio pero nunca superado —porque a él siempre se vuelve o de él nunca se sale— en que la semejanza y la diferencia establecen sus juegos, en que lo continuo y lo discontinuo erigen la tensividad, es introducir en la captura como en la producción del sentido una tonalidad nostálgica que hace patente lo irreductible del sentido. ¿Qué más poderosa seducción que ésta de apelar al talón de Aquiles de la aprehensión?

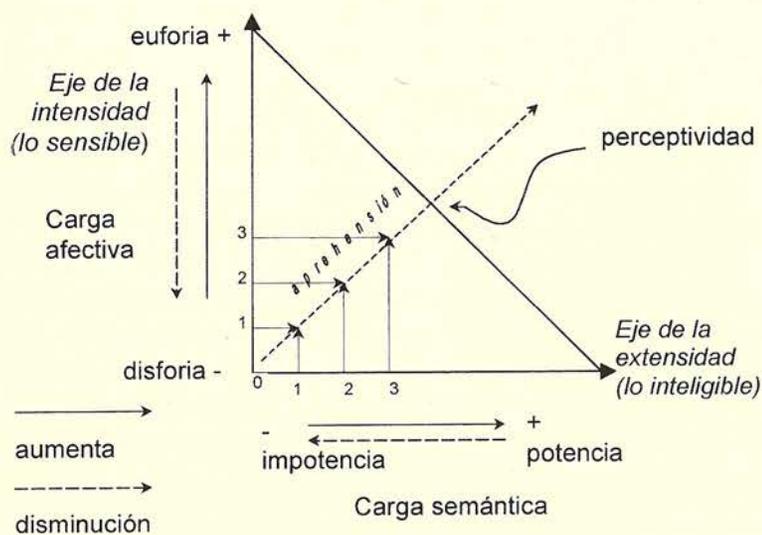
Es un punto débil porque en el momento de mayor exigencia para elaborar un mínimo de significación frente al sentido, la perceptividad del discurso introduce una afectividad desviante. En efecto, si consideramos que la significación emerge como un efecto positivo después de dos conminaciones negativas, “la negación de lo negativo”³ —es decir, después de la primera negatividad fundante del acto perceptivo con respecto a la sensación, y, de la segunda, que vuelve a negar ese primer esclarecimiento que luego ha sido visto como algo que no ha emergido gran cosa de la confusión— la significación necesita afirmar algo poseído intelectualmente. Pero cuando ese punto de cimentación parece lograrse, la perceptividad del discurso recuerda que toda construcción es imperfecta, que la comprensión y la expli-

² Hago referencia a un debate titulado “En commençant par la fin...” sostenido por Jean-Marie Floch a propósito del trabajo de Marie Renoue: “Analyse sémiotique de la perception d’un objet naturel”, *Nouveaux Actes Sémiotiques*, N° 48 PULIM, Limoges, 1996. Ver p. 48 donde Floch critica la asociación entre enunciación y percepción mediante un guión que las uniera, cuando, justamente, él se pregunta si acaso el proyecto semiótico no es el de desunir esa relación.

³ Las palabras son de Floch, tomadas del debate citado en la nota anterior.

sólo pueden erigirse como simulacros. Sin embargo, ahí, y en compensación, cuando la expectativa por alcanzar el sentido fallece, surge la nostalgia por lo que al menos sí se pudo: percibir algo; lo cual es ya una ganancia en favor del sentido.

Si esto fuera así, perceptivizar el discurso sería para el enunciador trabajar sobre la dimensión tímica del enunciado a fin de influir en la propioceptividad del enunciatario, quien, en el proceso de aprehensión, padece en su propia foria los cambios y las inversiones igualmente proporcionales entre la potencia de la carga semántica y la intensidad de la carga afectiva. El mayor efecto de una carga semántica débil, que es vivida como una impotencia de aprehensión del sentido (alejada totalmente de la potencia) se corresponde con una disminución de la carga afectiva donde disminuye la euforia y aumenta la disforia. Estos juegos, que tienen lugar en la propioceptividad del enunciatario, pueden representarse en el siguiente esquema tensivo:



Gráfica 2

Como lo podemos visualizar aquí la aprehensión avanza reuniendo, en el ámbito del enunciatario, un punto de aumento de la carga semántica en el eje de la extensidad —que caracteriza a lo inteligible— con un punto de aumento de la carga afectiva que se distribuye en el eje de la intensidad sensible. De tal suerte esto es así que el máximo de potencia de carga semántica se corresponde con el más alto grado de afectividad ascendente que llamamos euforia.

Ahora bien, cuando la significación o aprehensión del sentido adquiere ese nivel emergente hacia el destello la perceptividad adviene en el enunciatario e incide sobre la línea escalante, provocando así un descenso hacia la disforia y la impotencia. Pero la misma perceptividad ofrece la nostalgia —en tanto, como decíamos más arriba, es memoria de lo mínimo percibido— como un pasamanos de sostén en el acto de desandar la escalera ya ganada. En efecto, al punto cero de la sensación continua ya no se vuelve aunque en el descenso se llegue casi hasta sus puertas. La disforia y la impotencia son, en ese punto para el enunciatario, los mínimos, actuales, de un máximo que es posible porque es virtual.

La atención así captada del enunciatario lo deja en condiciones óptimas para ser persuadido por el enunciador a fin de que el enunciatario emita su juicio epistémico, no tanto en beneficio del contenido específico y manifiesto de lo que se enuncia como de la confirmación de la existencia, que es un contenido implícito y primordial. Existencia no sólo del enunciador que clama sino del enunciatario mismo a quien se invoca, porque en definitiva es la confirmación de la presencia integradora del sujeto de la enunciación en su conjunto lo que se busca. Es decir, es esa presencia integradora del sujeto lo que la intencionalidad del lenguaje trata de realizar en el discurso.

3. Entre lo sensible y lo inteligible

De acuerdo con lo antes dicho, la percepción, como un umbral de doble paso, aprehensión y producción, sería, tomando en cuenta lo segundo, un efecto del discurso; o sea un resultado del proceso de perceptivización, así como la figuratividad es un resultado de la figurativización. La asociación entre “figuratividad y percepción” ha sido claramente ilustrada por Teresa Keane en un trabajo suyo que lleva, justamente, ese título.⁴ Por lo tanto, no quisiera yo ser repetitiva ni desviar la problemática hacia otro campo pero sí sacar partido de esa asociación, sobre todo para hacer otra. Si, según Teresa Keane “la percepción aparece como el lugar en que son engendradas las figuras del mundo”⁵ y, por otro lado, yendo a la obra fundadora tanto de la teoría semiótica en general como en particular de esta problemática dentro de la teoría, “la percepción es el lugar no lingüístico en que se sitúa la aprehensión de la significación”,⁶ una figura del mundo es, por lo tanto, una captura del sentido.

Ahora bien, “mundo” aparece en la *Semántica estructural* con distintas determinaciones: mundo humano, mundo del sentido común, mundo sensible, mundo de las cualidades sensibles, todo lo cual parece constituir un solo conjunto cuyo rasgo común y distintivo sería /humano/, conjunto que se opone al “universo natural”, el que sería exterior al hombre pero que estaría “manifestado al nivel de las cualidades sensibles”. Es decir, el “universo natural” se manifiesta en el “mundo humano” al que no pertenecen los significantes, ya que, dice Greimas en las páginas 14-15 de la *Semántica*, “designaremos con el nombre de significante los elementos o grupos de elementos que hacen posible la aparición de la significación en el nivel de la percepción y que son reconocidos, en este momento mismo, como exteriores

al hombre”. Los significantes, entonces, pertenecen al “universo natural” pero dependen del orden sensorial y pueden ser por él clasificados e inmediatamente son susceptibles de ser incorporados en su conjunto opuesto (el mundo humano o sensible) cuando “pueden, a su vez, ser captados como significados e instituir el mundo sensible en tanto que significación”.

Todavía en la *Semántica*, obra a la que es necesario volver una y otra vez, pero ahora situados en párrafos posteriores a los que hemos venido citando hasta aquí, queda claro que es la captura, la percepción (aparece el término con toda claridad y muchas veces en pocas páginas) la que hace pasar o transformar los significantes de un universo exterior a un mundo interior al hombre, que es ya el espacio en que se desarrolla la sensibilidad. Y, para Pierre Ouellet, “el lugar de la sensibilidad es un lugar-frontera, que se sitúa entre el exterior y el interior del sujeto, el afuera exteroceptible y el adentro interoceptible”,⁷ lo cual me parece que termina de afinar el concepto de “mundo humano” al que hace referencia Greimas y también creo que permite ver mejor la función de la percepción dado que en la *Semántica* aparece como aquello que en su captura, tan pronto “arroja de nuevo automáticamente hacia el universo natural” como capta e instituye “el mundo sensible en tanto que significación”. Es decir, la percepción discrimina, distingue lo que es de un lado y del otro, arroja afuera y vuelve a poner adentro. Y en ese mecanismo de puerta giratoria, que hace salir y hace entrar, la percepción erige el mundo humano en tanto dominio de lo sensible pero también y, al mismo tiempo, en dominio de lo inteligible puesto que lo sensible aparece como tal y se distingue del mundo natural en la medida en que “los elementos de los diferentes órdenes sensoriales pueden, a su vez, ser captados como significados e instituir el mundo sensible en tanto que significación”.

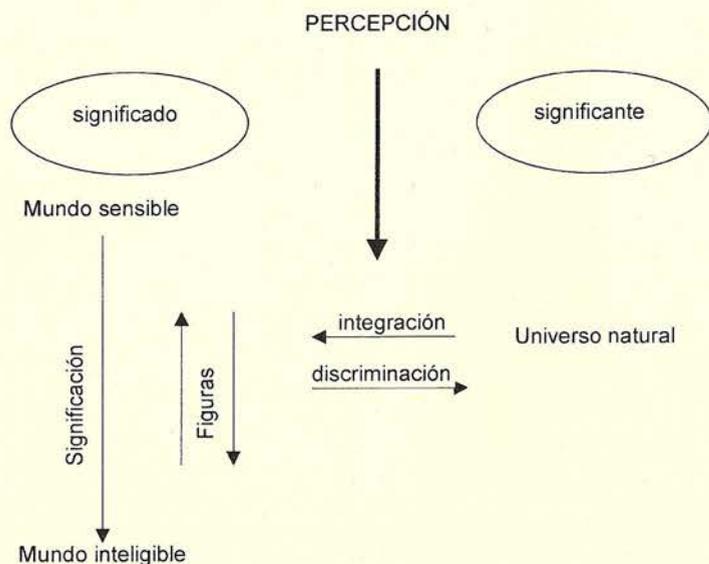
⁴ Keane, Teresa, “Figurativité et perception”, *Nouveaux Actes Sémiotiques*, N° 17, PULIM, Limoges, 1991.

⁵ *Ibid.*, p. 15, la traducción es mía.

⁶ Greimas, A. J., *Semántica estructural*, Gredos, Madrid, 1987, p. 13.

⁷ Ouellet, Pierre, “Signification et sensation”, *Nouveaux Actes Sémiotiques*, N° 20, PULIM, Limoges, 1992.

Y la significación, como sabemos, como proceso de aprehensión y por ende de cognición, abandona el orden de lo sensible y pasa al de lo inteligible. Pero el espacio semiótico es comprensivo de ambos dominios (e incluso del significante del universo natural donde se manifiestan) y su función es siempre procesual entre uno y otro. De allí que la percepción sea un punto de anclaje entre lo sensible y lo inteligible y donde las figuras del mundo (sensible) —según dijimos con Teresa Keane, se engendran justamente allí— cumplen un papel fundamental de convocación de los dos órdenes puesto que ellas son capaces de engendrar, en el acto en que son engendradas, las figuras de lo inteligible. Tal como lo representa el siguiente esquema:



Gráfica 3

Cabría preguntarnos si no es en este punto de articulación que constituye la percepción donde, ubicándonos en el plano de la expresión de los textos, se engarza también el montaje de la dimensión plástica sobre la dimensión figurativa.⁸ Puesto que si esta última es una rejilla cultural que permite el reconocimiento de las figuras del mundo y colabora así con la inteligibilidad de los discursos, y, si la dimensión plástica es ese lenguaje segundo que constituye la poeticidad de los textos, elaborado a partir de la dimensión figurativa mediante desvíos y subversiones de este lenguaje primero ¿cómo podría llevarse a cabo esta elaboración si no es por obra de la percepción que es la encargada de la producción de figuras? Mejor dicho, por obra del proceso de perceptivización. Proceso que, convocando el orden de lo sensible después de haberlo abandonado, crea otras figuras por encima de las inteligibles: las llamadas plásticas. Y las figuras plásticas, del mismo modo que las figurativas, se tejen en redes; las cuales, tendiéndose sobre las redes culturales (paradigmáticas y selectivas) ejercen sobre éstas una modalización sensible. Tal sobredeterminación implica la proyección de una axiología fórica (sintagmática e integradora) sobre una axiomática inteligible y permite el ejercicio del predominio de una microcultura (individual o colectiva) en el interior de una cultura.

4. De lo abstracto a lo concreto

El proceso de perceptivización del discurso al convocar de manera conjunta la dimensión inteligible y la dimensión sensible del lenguaje, o sea el nivel semionarrativo y el nivel de la tensividad fórica, produce, necesariamente, una mayor concreción

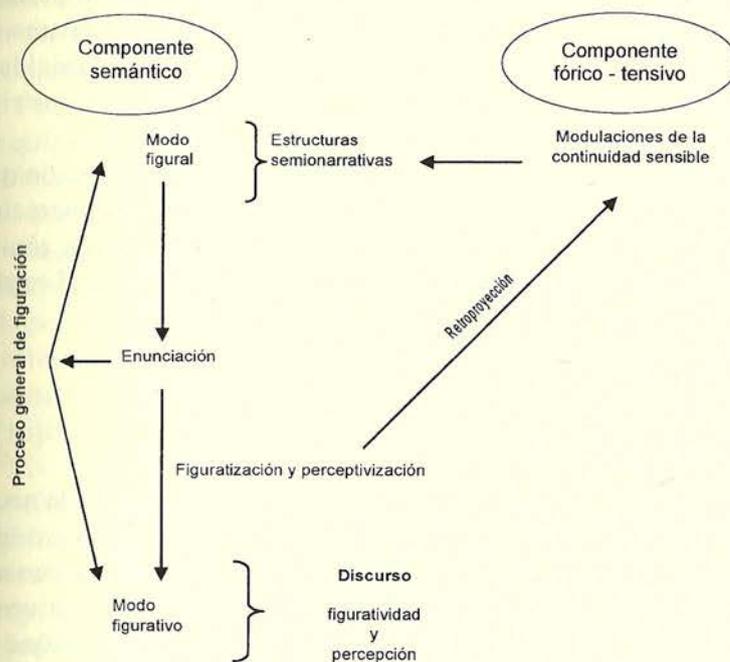
⁸ Floch, Jean-Marie, *Petites mythologies de l'oeil et de l'esprit*, Hadés-Benjamins, Paris, 1985. *Les formes de l'empreinte*, Pierre Fanlac, Périgueux, 1986. Ver en Greimas, A.J.; Courtés, J., *Semiótica. Diccionario...*, II, Gredos, Madrid, 1991, la entrada: "Plástica (semiótica)".

en las figuras del discurso que aquella que les ha sido otorgada por su propio proceso de instalación.

En efecto, el abandono de la abstracción que hace el proceso general de la figuración se va dando a medida que las figuras figurales del nivel semionarrativo, cuya densidad sémica es débil, van adquiriendo una densidad sémica más fuerte y se hacen así figurativas. El sentido, entonces, se especifica en el discurso. Pero esta especificación trae aparejada una gran complejidad sintagmática donde la figuratividad no sólo resulta de una red de figuras que se refieren unas a otras para constituirse ellas mismas, sino de la intervención de otro componente que ha de ponerlas en correlación distribuyendo la carga semántica ya vertida. Ese otro componente proviene asimismo de una profundidad pero que ya no es clasemática sino tímica. Y es por medio de la percepción que los dos procedimientos cuantificantes de ambos componentes —uno, distribuyendo el sentido por jerarquías generativas y, otro, tensándolo y distensándolo según distintas gradaciones de afectividad— actúan complementariamente y hacen devenir lo abstracto en concreto.

La perceptivización, entonces, concreta en un grado mayor las figuras que las operaciones de la puesta en discurso va instalando por la vía del recorrido generativo y, lo hace, retroproyectándolas sobre el fondo de la continuidad sensible. Profundidad sensible, precondition de las condiciones, de la cual en última instancia provienen las figuras y desde donde la actividad racional y cognoscitiva las ha hecho emerger. Con la finalidad de esclarecer estas hipótesis, obsérvese la gráfica 4.

Y habiendo hecho estos esbozos puedo decir que un discurso que perceptiviza sus figuras tiene, por la potencia de su impronta lógico-semántica y afectivo-sensitiva, mayor concreción (y más fuerza de persuasión) que un discurso cuyas figuras sólo se soportan en una estructura que no guarde memoria de su esquema tensivo primigenio. Esto quiere decir dos cosas: 1) siendo la perceptivización un subcomponente más de la puesta en discurso puede ser activado y explotado de manera opcional y se-



Gráfica 4

gún ello dar como resultado discursos que sean más o menos perceptivos, así como los hay, por ejemplo, más o menos espacializantes o temporalizantes; 2) siendo la concreción un efecto de percepción y dándose la concreción por cantidad (concepto que recubre los de densidad y carga) —pero no cantidad entendida como acumulación, adición, o simple suma de rasgos semánticos, sino, más bien, como la solidaridad del semantismo—, es que la percepción se presenta, al fin de sutiles vertimientos, como una conminación.

Por lo tanto, la significación, que es producto de una conminación ejercida sobre el sentido, se concreta en el discurso cuan-

do entra en concurrencia una función que es cara a la percepción, me refiero a la de la tonicidad. Porque la idea misma de conminación es impensable sin la existencia de la tonicidad, de cuyos términos —átono/tónico— es el segundo el que rige a la conminación.

Ahora bien, como la tonicidad, a su vez, es una función que da lugar a otras dos: la intensidad y la extensidad, la concreción alcanzada por el discurso gracias a una conminación tónica (sensible e inteligible) puede todavía hacerse más fina al explicarse en la extensión.

5. De la ausencia a la presencia

Todas estas consideraciones que tratan de fundamentar la necesidad de considerar a la percepción como un proceso de producción —y no sólo de aprehensión del sentido— desembocan necesariamente en una instancia insoslayable de todo el universo semiótico: la instancia de la enunciación, y, en ella, porque es el espacio de articulación donde se fundamenta el sujeto semiótico, tanto el sujeto de una relación actancial (ya sea que se ubique en el orden de lo inteligible o de lo sensible) como el sujeto de una relación actorial emplazada en el discurso. En cualquiera de los casos el sujeto semiótico no es más que uno de los términos de la relación sujeto/objeto.

Este lugar sujeto de la enunciación, que de por sí está a la vez constreñido por la relación que lo funda, y discretizado de su par solidario reproduce, en su interior, la misma esquizia paradójica, enunciador/enunciario. Y su modo de existencia no deja de ser coherente con su modo de hacer ya que el acto de la enunciación es también una quiebra de dependencias mutuas: el sujeto de la enunciación con el enunciado, el nivel semionarrativo con el discurso y el discurso con el mundo, y donde habría que agregar otras dependencias críticas como, por ejemplo, las del discurso con el silencio, la profundidad con la su-

perficie y, en fin, la ausencia y la presencia. Todas las cuales, no son más que otras tantas manifestaciones de una estructura fundante.

Pues bien, este sujeto doble, propiciador de tantos dobleces es quien (manifestación antropomorfa) se hace cargo de las condiciones que hacen posible la puesta en discurso (siendo él mismo una condición) y, al asumir, expone, pone fuera de sí el producto de su hacer. Por consiguiente, de acuerdo con lo que hemos venido diciendo hasta aquí, donde hemos tratado de ver a la percepción como aquello que, a la vez que incorpora, arroja u ofrece, la perceptivización como proceso asimilable al de la puesta en discurso es también un gesto de expulsión que ejecuta el sujeto de la enunciación.

Evidentemente, para haber podido arrojar algo fuera de sí, ese algo debe haber sido primeramente poseído. Y así como el sujeto de la enunciación asume, en su actuación, el nivel semionarrativo que es su competencia para poder enunciar, se hace cargo también, por vía de la percepción, de las precondiciones del nivel fórico-tensivo para poder perceptivizar el enunciado. Y con ello, provoca en el discurso otra esquizia más: instaura el discurso como la resonancia de dos órdenes distintos.

El sujeto de la enunciación(enunciador/enunciario), escindido por definición(yo/tú), no puede, sin embargo, más que constituirse por integración: yo. En efecto, el enunciador no es constituyente de la enunciación sin la participación unísona del enunciario y viceversa. Por efecto reflejo, el sujeto de la enunciación no puede producir el discurso más que como él se produce a sí mismo: también como una integración; si para el sujeto la integración es yo, para el discurso ella es el resultado de la asunción de los dos órdenes convocados.

Podríamos decir, entonces, que el acto de la enunciación, que es un acto de ruptura (desembrague inaugural), por lo tanto intenso y conminativo y asimilable al destello intelectual: “—yo aquí y ahora digo que...”; es un acto también patémico de presencia: “—éste que provengo de la continuidad sensible... y que

siento las modulaciones del tiempo... me hago presente". Este otro que, aunque no puede identificarse como un "yo" y tampoco como una entidad lingüística sino simplemente semiótica, es también una actancia subjetiva y hace escena en el campo de presencia por vía de la percepción. No sé si a este actante sensitivo podemos llamarle "sujeto sensible" e incluirlo también en la instancia de la enunciación, pero lo cierto es que el método de razonamiento de la presuposición lógica, que ha ido constituyendo el estilo del quehacer semiótico, nos lleva a plantearnos estas posibilidades a manera de pregunta.

Si esto fuera así habría que introducir un matiz en la irrupción del sujeto en el discurso, pues ella puede ser categórica y hasta violenta (el yo lingüístico, el grito, un golpe) o tensiva y apacible (el suspiro, el caminar, el roce). Y, al poder ser tanto de uno u otro modo, la aparición del sujeto en el discurso ya no se vería solamente como una presencia marcada y novedosa, así como su ausencia ya no podría ser tan fácilmente asimilable a una inexistencia. Ello permitiría entender mejor aquello de que nada se crea en el discurso por generación espontánea, todo proviene de una profundidad inmanente, generativa, autogenerativa y siempre en proceso. La perceptivización sería, pues, la encargada de incluir bajo tensiones y distensiones lo que la irrupción del sujeto (de una enunciación lingüística) en el discurso parece descartar. Los mecanismos de desembrague/embrague encontrarían un sinnúmero de motivos para ser reajustados bajo la perspectiva de la percepción.

Según estas consideraciones, la ausencia puede verse como "un estar siempre ahí" en el fondo aún no manifiesto por la enunciación y, la presencia, como el resultado de un acto de manifestación enunciativa. Acto donde interviene un proceso de perceptivización que vehiculiza ese otro modo de ser de la presencia que es la ausencia y de donde proviene esa otra actancia subjetiva y que identificamos tentativamente como "sujeto sensible". Así, la ausencia, como una presencia actancial, es decir, actuante en un nivel prediscursivo, puede entenderse así-

mismo como una competencia, es decir, como una condición de la presencia de los actores del discurso.

Finalmente, podríamos decir que el proceso de perceptivización es lo que permite comprender mejor a la existencia semiótica como una complejidad hecha tanto de ausencia como de presencia. Sólo se opone a esta existencia compleja del sentido, la inexistencia, donde no caben ni la presencia ni la ausencia.

6. Del universo natural al mundo natural

Hemos visto más arriba, de qué manera —releyendo los textos fundadores— la percepción aparece en Semiótica tanto como un acto como un lugar de significación. Y continuando con la figura del pasaje transformador que hemos tratado de desarrollar aquí, podemos ver que la percepción también aparece en esos textos como un acto de conversión del universo natural (no humano) en mundo natural (humano). Al mismo tiempo, el pasaje o el acto transformador es el reconocimiento y la instauración de los significantes, cuya implicación automática es otro acto: la semiosis, y, otro lugar: el signo.

En efecto, el concepto de signo en Greimas,⁹ aunque no enunciado como tal pero dado como un implícito, es el discernimiento de dos órdenes que son excluyentes (interior al hombre, el significado; exterior al hombre, el significante) pero integrados en un conjunto que es el resultado de la exclusión. primero, y de la absorción, después, del orden exterior por el orden interior, en tanto este último —mundo sensible, mundo del sentido común o mundo de las cualidades sensibles— es manifestante del otro. El mecanismo que lleva a cabo estas operaciones es la percepción, la cual no se distingue así de la semiosis. De manera que la percepción es la constituyente del signo mismo, el que queda fuera de toda consideración de ser un dato,

⁹ Greimas, A.J., *Semántica...*, op. cit., pp. 12-18.

una representación de otra cosa o una imagen puramente cognoscitiva, para ser la propiedad del mundo sensible, que es, como vimos, un lugar de frontera, de pasaje, de transformaciones y conversiones.

Ahora bien, si hubiera que responder a la pregunta qué es lo que queda fuera del hombre y qué es lo que se convierte en qué, habría que decir que lo que queda fuera del dominio humano es todo lo que no ha pasado por el orden sensorial y que aquello que ha sido una vez captado como cualidad sensible es lo que se convierte en significado. De manera que lo que queda fuera es la materia informe, antes de significar, es decir, antes de ser percibida como significante porque lo que es percibido por los sentidos ya es sustancia o cualidad sensible y pasa a formar parte del mundo natural. Este mundo natural que es "el lugar de elaboración de una vasta semiótica de las culturas",¹⁰ es el mundo natural del hombre, su "medio natural", como suele decirse de las plantas o los animales, que él crea pero que también lo precede y luego lo coherciona.

Por cierto que cabría analizar aquí, pero esto no es tema de este artículo, cómo el mundo natural una vez instaurado y puesto en funcionamiento se vuelve otra vez universo pero no ya universo natural sino universo semántico y susceptible de ser objeto de nuevas percepciones que lo irían convirtiendo sucesivamente en otros tantos universos como percepciones haya. Tampoco es tema de este artículo desarrollar el paso de lo natural a lo propiamente cultural donde la percepción pasaría a ser, ella misma, una forma de la cultura en tanto la percepción puede ser educada, enseñada y aprendida, e incluso moldeada según distintos estilos y formas de vida. Lo que interesa señalar aquí es la función básica, elemental, de la percepción en lo más elemental de la estructuración del hombre como sujeto en y del universo.

¹⁰ Greimas, A. J.; Courtés, J., *Semiótica diccionario...*, I, Gredos, Madrid, 1990. Ver entrada: "Mundo natural"

Aquí también quisiera invertir la perspectiva para considerar la percepción como una puesta en discurso del universo natural, de la materia, según decíamos, al hacerlo pasar al mundo natural o sensible. Porque este último, focalizado desde una perspectiva semiótica general, no es más que el fruto de un acto de enunciación producido por el orden sensorial: es decir, un enunciado. Françoise Bastide¹¹ ha demostrado cómo la materia tratada por operaciones de separación e integración termina por constituirse en un objeto de valor donde el sujeto con relación a ese objeto es la propia valoración que orienta las transformaciones. Así, la perceptivización de la materia convierte a ésta en sustancia o cualidad sensible para devenir a su vez en la forma de la expresión de un contenido primordial: yo, aquí y ahora.

Quiere decir que el mundo sensible manifiesta la relación sujeto/objeto, habla de ella mediante sus objetos, sus prácticas y sus espacios. De manera que los objetos-cosas, como la ropa, los utensilios, la casa, son presencias de esa relación más allá de que el sujeto-humano que los ha instaurado en el mundo sensible esté presente. Es más, el sujeto que ha perceptivizado los objetos hace resaltar con su ausencia su impronta en ellos. Los objetos del mundo sensible son, por lo tanto, una captura del sujeto.

Pero la captura del sujeto en el objeto, producida por una puesta en percepción de la materia, es muy otra de la que hace la fotografía, el film o la grabación de la voz, mecanismos con los que tenemos que hacer una comparación obligada, en tanto muestran una eficiencia mágica al hacer eternamente viva la presencia del sujeto ausente. En efecto, estos mecanismos de aprehensión producen capturas exteroceptivas, la dirección del sentido va desde ellos hacia el sujeto capturado y en todo caso manifiestan en su producto impecable una observación, una focalización y un punto de vista de otro sujeto operador que ha

¹¹ Bastide, Françoise, "Le traitement de la matière", *Actes Sémiotiques*, IX, 89, EHESS-CNRS, 1987.

puesto en marcha la aprehensión pero no manifiestan la huella del sujeto capturado en el objeto.

Por el contrario, la perceptivización del universo natural que hace el sujeto da como resultado, por parte del objeto sensible, una captura interoceptiva: el sujeto se introduce en el objeto, lo deforma imprimiéndole su forma. O sea, manifestando su relación con el mundo sensible y su modo de enunciarse y de constituirse sujeto. Si ponemos como ejemplo de captura interoceptiva la escritura —entendida simple y generalmente como la inscripción de un mensaje en una superficie cualquiera— y la comparamos con la captura exteroceptiva de la foto o el film, veremos que la perfección de estas últimas en hacer patente la imagen del sujeto se vuelve plana y escasa (concentrada y puntual) con relación a la imperfección de la escritura (extendida y difusa). La escritura no devuelve, como la foto o el film, la imagen visual del sujeto pero abre un camino infinito hacia el encuentro de su figura fuertemente capturada en la superficie impresa.

La perceptivización de la materia (y por lo tanto su inmersión en ella) que hace el sujeto en un acto de escritura ya sea de un *graffiti* o de una carta —para comparar dos actos extremos que para ser ejecutados exigen posturas y fuerzas contrarias y necesitan sustancias y texturas diferentes— produce objetos en el mundo sensible que hablan del sujeto por encima de lo enunciado. De tal manera que el objeto así conformado, irradia la presencia de su sujeto a quien sobrevive en el tiempo y en el espacio.

Y diciendo esto no es que estemos pasando de una semiótica a una demiúrgica metafísica, para no dejar caer en vano las preocupaciones de Jean-Marie Floch.¹² Todo lo contrario, el proceso de perceptivización del universo natural no es otro que el quehacer semiótico generalizado: crear los objetos significantes en la propia focalización que se hace sobre ellos.

¹² Floch, Jean-Marie, *op. cit.*, p. 48.

El proceso de puesta en percepción hace textos de los objetos del mundo sensible, es decir, hace fragmentos de un sistema semiótico presupuesto que los incluye. Puesto que la condición, de la captura del sujeto en el objeto y de quien la advierte, es el haber pertenecido a una cultura. Instaurar en el mundo sensible los presuponientes de esa cultura es no haber abandonado su dependencia, teniéndola como objeto de observación y como lugar desde donde se observa.

7. Evaluación crítica

No está demás volver a decir que este trabajo tiene un carácter hipotético y que, como tal, tiene el propósito de recoger dudas y propuestas para ofrecerlas a la discusión, lo cual explica que adolezca de ejemplos concretos. Es cierto que ellos hubieran fundamentado mejor las hipótesis y hubieran aligerado un poco la exposición de un problema que, no obstante haberlo desarrollado a lo largo de estas páginas, permanece demasiado abstracto. Sin embargo, creo que ello ha permitido expandir mejor la idea de una perceptivización general hacia todos los niveles del aparato semiótico.

De aquí en más se abre todo un proyecto de trabajo en el que habría que explotar la relación aquí planteada entre percepción y enunciación, que es lo que permite la diseminación de la percepción hacia todos los niveles, y, luego, la función que cumple la percepción en la conformación de la presencia del sujeto en el mundo.

Bibliografía de consulta

Aparte de las obras ya citadas, se consultaron para este trabajo los siguientes textos:

FONTANILLE, Jacques; Claude Zilberberg, *Tension et signification*, Pierre Mardaga, Liège, 1998.

FONTANILLE, Jacques (ed.), *La quantité et ses modulations qualitatives*, PULIM/Benamins, Limoges, 1992.

GREIMAS, A. J. y Jacques Fontanille, *Semiótica de las pasiones*, Siglo XXI, México, 1994.

LANDOWSKI, Eric; Raúl Dorra y Ana Claudia de Oliveira (eds.), *Semiótica, estesis, estética*, EDUC-UAP, México, 1999.

OLIVEIRA, Ana Claudia de; Eric Landowski (eds.), *Do inteligível ao sensível*, EDUC, Sao Paulo, 1995.